

INDRETS | La mirada ajena

Sobreviviendo a Miró-Mont-roig



Foto: J. Antonio

■ Una ruta para conocer la obra de Joan Miró

Elena Pita | Mont-roig

Actualizado lunes 20/08/2012 22:35 horas



Todo está en sus cuadros. O podríamos decir que Mont-roig son sus cuadros. **Joan Miró liberó aquí su primera juventud y así descubrió y dio raíz a su alma de artista.** aquejado de un tífus que dio en llamarse crisis nerviosa por ser enfermedad sucia, y aquí volvió siempre que pudo al regreso de sus inviernos por el mundo: su última estancia data de 1976, la primera, de 1911. Están sus colores de tierra, que luego evolucionarían hacia el rojo de sus constelaciones soñadas; el azul de su mar, que también después hallaría en el cielo, y los ocres y amarillos de vegetación agostada, tal y como la encontramos hoy, a punto ya del otoño, incendiario. Y están sus olores, que también se perciben en sus oleos y témperas: olor de campo segado, de chumbera madura, de corral y cuadra y animales más bien escuálidos y hastiados del calor.

Hay en Mont-roig un templo renacentista conocido como Iglesia Vieja que vela por el legado de su más ilustre vecino, difundiendo el primer patrimonio del artista, exponiendo su memoria, organizando itinerarios. Y es uno de estos, pero al revés, el que propongo recorrer: arrancando de buena mañana en el pico más alto para descender y terminar en el mar y sus caricias.

Kilómetro 0. Amanecida en la ermita de la Mare de Déu de la Roca, que se alza como una aparición sobre el color rojo de la tierra que presta el nombre al pueblo, pintada de blanco para, cuentan, orientación de marineros, y bañada de una leyenda de ladrones moros y barrancos espinosos, y una virgen negra hallada en una cueva que es la santa que hoy alberga la ermita. Como sea, la vista es espléndida e inspira. Son tres kilómetros de recorrido por el monte de roca roja y verde de pinos, olivos y algarrobos (Miró confesó llevar siempre consigo una vaina de algarrobo a modo de amuleto).

Kilómetro 1. El pueblo, al que Miró debió no sólo su primera inspiración sino el equilibrio vital, entre el mundo y esto, Mallorca y Mont-roig, como adestiga en conversación con Sebastià Gasch, de 1963: "sólo cuando logré el equilibrio entre Mallorca y Mont-roig, alcancé mi madurez". Aquí nació (artísticamente), halló la madurez entre ambos paisajes y allí fue para morir.

Kilómetro 2 Merecida parada tiene el Centro Miró, en Iglesia Vieja: leer su paneles, empaparse de la obra aunque se trate de reproducciones facsímiles y objetos que el artista pintó, escuchar el testimonio (grabado) de quienes le conocieron y entrevistaron, da energía para seguir y claves para reconocer el lugar presente ("Poble i església de Mont-roig" y "Mont-roig, el poble") y lo que queda de camino, que será un trecho de otros cuatro kilómetros de paisaje.

Kilómetro 3 Se llega así a La Masía, una de las obras primeras y más célebres del artista, adquirida por el padre la vivienda al marqués de Mont-roig y a donde el joven Miró arribó con 18 años, enfermo, fracasados todos los proyectos que su progenitor había soñado en él, de los grandes a los más nimios, todos ellos en torno al comercio. Y allí, entre aperos de labranza y olor a estiércol y simiente, bajo la atenta mirada y la libertad de los massovers, recobró el joven la vida. Se le veía de mañana correr por los campos arriba (al contrario de lo que hoy hacemos), con lápices y cuadernos, y hacia la mar al atardecer, como ahora haremos. En este cuadro y otras telas donde interpretó cultivos y labranzas, está todo Miró-Mont-roig, sobreviviéndole. El artista dijo de La Masía, nueve meses de intenso trabajo que terminaron en su estudio de París en el año 1922, pisando sobre tierra y hierbas traídas de la casa, que era el resumen de su vida en el campo; la tela fue adquirida por Ernest Hemingway, uno de los muchos visitantes ilustres que albergaría el mas.

Y de pronto, kilómetro 4. Te encuentras en medio de un cuadro absolutamente real: La casa de la palmera, prodigiosamente reconocible pese a que la palmera pintada murió y apenas un tocón resiste testimonial; o quizá sea la ilusión de otra palmera reciente y vecina. También pintó el artista las vistas que rodean la casa, y que si uno aguja el ingenio puede revivir, Huerto con asno y Les roderes: aquí se reúnen los iconos mironianos, las calabazas crecidas en este tiempo, las tomates rebosantes, las azabaras y etcétera.

Kilómetro 5. El barranco por el que desfilamos a continuación, Píxarota, es un sendero de pilas fállicas a punto de morir y dejar su descendencia. Cuentan que Miró en sueños convertiría estos 'palos de bailarín' en los trazos que en su siguiente período alzaría hacia las estrellas. El Píxarota pasa debajo del puente que el pintor en sus descensos plasmaría en Mont-roig, el pont; un terreno seco y sediento de agua que por fin se huele salada.

Kilómetro 6. Sí, por fin el mar, su mar, que entonces era una playa de cantos y arena dorada que se extendía vacía a lo largo de 13 kilómetros y que hoy ha sucumbido a la codicia de diques y escolleras, ofertas de resort y bungalow. La playa de Mont-roig "donde nadie va en otoño (cuenta el artista en la misma conversación con Sebastià Gasch), y las pisadas de los hombres y sus ovejas son como constelaciones". Difícil imaginarlo, ya no.

Por eso decidimos añadir un punto final que seguro hoy Joan Miró elegiría. **Kilómetro 7.** Hay en el extremo norte de Miami Platja una cala de arena recoleta y sin paseo, que en septiembre, cuando las hordas campistas hayan recogido sus pertrechos, encontrarán vacía, cálida, mironiana bajo un atardecer de estrellas. Aquí, sí.